

## RÉPLICA

*Domingo Ighina*

Ante todo debo agradecer el comentario elogioso – en un grado inmerecido – que hace de mi artículo Juan Arrieta. Su lectura permite asegurar el propósito primero de mi trabajo: intentar señalar cómo lo no dicho por las élites argentinas, hace cien años y ahora, emerge con propias exigencias en los momentos de rediseño de la nación. No implica esto que lo no dicho, identificado por Arrieta como “pueblo” – categoría lábil pero entrañable y no poca veces revulsiva, por lo que obligó a la ensayística y a la ciencias sociales a buscar nuevas respuestas –, aparezca como un elemento de coherencia interna, capacidad crítica a toda prueba o depósito de alguna verdad. Al contrario es nada más y nada menos que “una sombra terrible”, como advirtió Domingo Faustino Sarmiento en su *Facundo* (1845).

La “sombra terrible” implica una interrogación persistente y la imposibilidad de su respuesta. El Positivismo, como filosofía de control social, y la historiografía liberal, como instrumento docilizador, impusieron la ignorancia de la sombra o su eliminación, por vías cognoscitivas o de facto, con sangre. Sin embargo la recurrencia de Ricardo Rojas, y con él toda su generación intelectual, a lo “popular” –con las mediaciones y recortes del caso-, demuestra la capacidad de generar cambios que una categoría así puede promover. Y no se trata de evadir causas duras para nuestra historia, sino de encontrar metáforas que han sido eficaces para acicatear los cambios. Así la lectura que propuso Rojas no puede desprenderse del contexto de ascenso democrático que los sectores populares llevaban adelante y que lograrán parcialmente en 1916 y completarán en 1945 en Argentina. Quién debe imaginar la nación, quién debe construirla, para qué, son la discusiones que lo popular provoca en la Argentina del siglo XX. Ignorar tales requerimientos simplemente sería impedir el progreso del pensamiento crítico. Rojas, entonces, inaugura lo mejor de la discusión argentina del último siglo.

Quizás Juan Arrieta no arremete contra el lado débil de mi texto: el conservadurismo presente en Rojas y su exacerbado hispanismo, al que no lo redime totalmente la inversión del legado colonial. Sin embargo, y en defensa de mi comentador, para eso está casi toda la literatura ensayística sobre el tema de los últimos treinta años.



